

EL ARTE TIPOGRÁFICO
EN LA BIBLIOTECA NACIONAL *

HICE MIS PRIMERAS VISITAS a la Biblioteca Nacional de México, para consultar esa magna obra de mi tío abuelo, don Joaquín García Icazbalceta: la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI* —que entonces no poseía aún—, y cuando formé, con mis propias manos, el colofón de mi primer libro publicado en 1918, me guié por algunos de los que aquél reprodujo en su excelente obra. Aquí pude tener ante mis ojos, después, varios de los libros que él describe, cuyas portadas están reproducidas también en ese libro que es monumento de la tipografía, no sólo una de sus obras maestras, como lo reconoció don Marcelino Menéndez y Pelayo, al llamar a don Joaquín “maestro de toda erudición mexicana”. También gracias a ese ejemplo que a distancia procuraba seguir, en aquellos años mozos, antes de que tomara diferente rumbo, me familiaricé con los nombres de los grandes innovadores de la tipografía universal, no sólo el llamado Gutenberg. Me familiaricé también con los nombres de varios de sus continuadores, y si alguno de mis oyentes se ha tomado la molestia de seguir la evolución de la imprenta, sabrá que se van escalonando —eslabonando, mejor dicho—, los nombres de los grandes creadores de tipos que conservan aún los nombres a ellos debidos, como los Elzevires, Plantino —Cristóbal Plantin—, Aldo Manuzio, creador de las letras aldinas; Claudio Jaramondi, cuyo apellido aparece modificado en algunas fundiciones —hay dos versiones del mismo apellido: una, con *t* final, Garamont y otra con *d*—; Journié, Didó el de los elegantes caracteres; el italiano Bodoni; los ingleses Caslon y Baskerville.

Son éstos algunos de los nombres que he querido recordar —además del creador del tipo movable, Gutenberg—, pues me familiaricé con ellos antes de llegar a los maestros de la tipografía mexicana que no fueron, como ellos, creadores europeos, diseñadores, grabadores y fundidores de tipos, sino tipógrafos exclusivamente: grandes tipógrafos, no sólo el recordado por don Juan B. Iguíniz, al iniciar ayer su conferencia: ese hipotético primer impresor al que habrá seguido Juan Pablos, a quien suceden Antonio de Espinosa, Enrico Martín

* Conferencia dictada el 23 de noviembre de 1967

—Martínez para otros—, Rodríguez Lupercio, López Dávila, Bernardo Calderón, Melchor Ocharte, entre otros en el siglo mismo de la conquista en que se ejecutan aquellas portadas que ilustran la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, justamente elogiada.

¿Cómo son estos libros que se publican al iniciarse la imprenta entre nosotros en el segundo tercio del siglo de la conquista, a los cuales se llamaría con razón, “incunables mexicanos” porque, como los europeos, quedaron impresos en el siglo en que se estableció la imprenta en México? Nos lo ha dicho, entre otros —y elijo su descripción por ser más sintética—, don Miguel R. Mendoza, quien al efectuarse en México la Tercera Feria del Libro, en 1944, publicó una “pequeña historia”, según él la llamó, de la imprenta en México. Dice Mendoza: En el siglo xvii la imprenta mexicana continuó desarrollándose espléndidamente. Los viejos estilos de tipos llamados de Torttis, que daban a los libros de ese siglo mucha semejanza con los incunables europeos, poco a poco fueron cediendo lugar al tipo romano, tan claro y elegante “se refiere al tipo romano que había creado uno de los mencionados forjadores de tipos europeos”. El primer libro impreso en el siglo xvii, agrega, está escrito en mexicano y su título es *Huehuetlatoli*. Fue hecho en el taller del Colegio de Santiago Tlatelolco, donde entonces se impartía a los indios la enseñanza del arte tipográfico. Durante esta centuria comienzan a imprimirse las notables crónicas de las órdenes religiosas, que más tarde llegan a ser utilísimas para el esclarecimiento de muchos puntos de la historia precolombina. Otras obras históricas de esa época, dignas de mencionarse, son los *Sucesos de las Islas Filipinas* (1609), *Relaciones acerca de la Monja Alférez*, *El llanto de Occidente*, *Noticia breve de la dedicación de la Catedral de México* y una *Exposición filosófica contra el Cometa*, fenómeno celeste que por entonces, 1681, se hizo visible, suscitando acaloradas discusiones.

“Entre las obras literarias, publicadas en magníficas ediciones, podemos mencionar la *Grandeza Mexicana*, de Bernardo de Balbuena; la *Primavera Indiana*, de don Carlos de Sigüenza y Góngora, y algunos villancicos y obras menores de Sor Juana Inés de la Cruz.”

Esto es por lo que se refiere a la enumeración de obras descollantes del siglo xvii, en cuanto a su aspecto, nos dice Mendoza: “El papel era grueso y de excelente calidad” —papel importado, español, frecuentemente catalán, “con filigramas”. Por errata aquí, como en otros casos, se imprimió *filigranas*, pues filigrana es un trabajo de orfebre, y filigrama es el dibujo que se ve al trasparentar una hoja

de papel antiguo —también una hoja de papel comercial de estos días—, que tiene algunos adornos y no solamente letras.

Después de mencionar esas filigramas y marcas de agua dice: "Los tipos usados en el texto eran generalmente góticos; pero la foliatura llevaba caracteres arábigos. Sin embargo, uno que otro volumen está impreso en caracteres romanos o semigóticos, como los usados en las mejores ediciones italianas."

En seguida nos describe la arquitectura de una portada. "Al pie del frontispicio, se encuentra siempre el nombre del impresor y de nuevo en el colofón junto con el nombre de la persona que costeara la edición, así como el día, mes y año en que se terminaba de imprimir la obra. La mayoría de estos libros estaban empastados, en pergamino flexible y las encuadernaciones de lujo se hacían en piel, con cerraduras y broches historiados", manillas o cierres, según se las llama ahora.

"El texto se imprimía casi siempre a plana entera —es decir, corrido—; frecuentemente ilustrado con viñetas grabadas en madera, pero cuando el libro versaba sobre dialectos o idiomas aborígenes, se usaban dos columnas" —una para la lengua indígena, otra para la traducción en español.

Dice también que el primer contratista y el primer impresor "no usaron ninguna marca o diseño especial para sus ediciones. Don Antonio de Espinosa fue el primero en emplear un escudo, para distinguir sus valiosas ediciones de las de sus colegas".

Entre las obras que tuve en mis manos aquí mismo, en la Biblioteca Nacional, en los días en que fui subdirector, y cuando el poeta Enrique Fernández Ledesma era el director de la Biblioteca, se encontraba su historia de la tipografía mexicana, especialmente la del siglo XIX; gracias a ella, me familiaricé con aquellos fundadores de la tipografía mexicana; con las obras de Juan Pablos —homónimo del personaje de la picaresca española—, con las del que fue su competidor más tarde, Antonio de Espinosa, y los otros impresores que mencioné antes: Bernardo Calderón, los Ochartes, José Bernardo de Hogal, etcétera.

Esa tradición de las bellas ediciones mexicanas que se inicia en el segundo tercio del siglo XVI, como he dicho, para proseguir en el XVII y el XVIII —con algunas desviaciones en este último siglo, por el recargamiento que trajo el arte barroco—, sólo se interrumpe entrado el siglo XIX. Al comenzar esta centuria, debido en parte al afrancesamiento introducido en la anterior, en vez de imitarse

modelos de nuestros tipógrafos como Ibarra y Sancha, sigue la corriente francesa en la cual se habían formado los demás cuyos nombres recordé antes.

Con la insurgencia se habían multiplicado las hojas periódicas; algunas tan importantes como *El Ilustrador Americano*, que difundió don Andrés Quintana Roo, y aquella otra debida al esfuerzo no sólo intelectual, del doctor José María Cos, quien para su *Ilustrador* cortó a mano los tipos, pues él mismo logró hacer las letras con que imprimía *El Ilustrador Americano*.

Entre las primeras obras impresas aquí en el siglo XIX, figura —con gacetas y semanarios—, algún folleto de aquellos que prodigaba, con propósitos educativos, *El Pensador Mexicano*, antes de que la carencia de libertad de expresión lo llevara a cultivar el género narrativo y diese la primera parte de *El Periquillo Sarniento*, en 1819.

Algunos impresores anónimos contribuyen después a restaurar el buen gusto en la tipografía, al imprimir piezas de oratoria como el discurso de Francisco González Bocanegra sobre la poesía nacional, que así se titula: *Poesía Nacional*, o los poemas con los cuales se conmemora la Independencia, un lustro después de consumada, como lo haría al entonar un canto a la libertad, en el aniversario de septiembre de 1826, José María Villaseñor Cervantes, en un folleto que sale de la imprenta del Águila el año siguiente.

Antes de concluir el primer tercio del siglo, aparece una obra digna de elogio: *El cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, debido a Carlos María de Bustamante, que publica, al renovarse, el tipógrafo Alejandro Valdés, impresor de los folletos y de la obra de Fernández de Lizardi, en 1832.

En el año de 1833 se edita en la imprenta de Mariano Arévalo el primer *Quijote* publicado en México, en 5 tomos, en el que la tipografía supera a las elementales ilustraciones, es decir, vale más por su texto que por sus láminas. Ese mismo año lanza Juan M. Almonte su *Geografía Universal*, impresa por J. M. Lara, elegante, esbelta, con acentuado influjo británico en la portada.

En 1835 aparece otra obra de Bustamante: *Mañanas de la Alameda de México para facilitar a las señoritas el estudio de la historia*. La da a luz con buen gusto, la imprenta de la Testamentaria de Valdés, a cargo de José Ma. Gallegos.

Durante el segundo tercio del siglo, la tipografía se perfecciona al definir su estilo y afinarse. Para esto contribuye el impresor Ignacio Cumplido, como sus calendarios y diversos libros lo acreditan

ya en 1836. Cumplido publica un Catálogo que posee el maestro Francisco Díaz de León, homónimo de su ilustre antecesor, el tipógrafo Díaz de León; catálogo que admiraba Fernández Ledesma, quien varias veces lo elogió en mi presencia. Además imprimen obras Lara, Galván y García Torres; a ellos se unirá pronto un impresor catalán, entonces recién llegado a México: Rafael Rafael, que se formó al lado de Cumplido. En ese año de 1836 publica las entregas iniciales de *El Mosaico Mexicano*.

Cuando se enriquece esta publicación, con estampas litográficas, al año siguiente Rafael Rafael ensaya sus primeros trazos sobre piedra, con indecisión explicable. No triunfó Rafael en este aspecto, pues al cumplir un año *El Mosaico*, decide Cumplido que en el futuro grabados y estampas vengan del extranjero, "mientras podamos contar, dice Cumplido en la advertencia, con una buena ejecución de este género por los mexicanos", pues aún no había litógrafos que pudieran igualar a los maestros europeos. Cumplido y Lara compiten, con almanaques y calendarios.

Tienen como rival, en este aspecto, a Mariano Galván, quien da, en 1839, con ostentosa encuadernación, su *Calendario de las señoritas mexicanas*, el cual se imprime primero en Nueva York y después en París. Cumplido va a superarlo, con su *Presente amistoso*, como superará la primera edición mexicana de *El Quijote*, con la suya de 1842 que, si no supera, iguala ediciones francesas.

Otras publicaciones periódicas aparecerán, antes de que medie el siglo tras el *Diario de los Niños*, que Miguel González imprime, vendrán las revistas editadas por Vicente García Torres: *El Apuntador*, semanario de teatros, y el *Semanario de las Señoritas*, al cual acompaña, en su preferencia por el elemento femenino, el *Panorama de las Señoritas*, lectoras asiduas —debemos suponerlo—, de ambas publicaciones.

Lara publica su hermosa edición de *Pablo y Virginia*, nítidos caracteres, papel de marca, viñetas, capitulares y magníficas ilustraciones. No se queda atrás Cumplido: mientras aquél publica *El Liceo Mexicano*, éste da *El Viaje a México*, de Matieu de Fossey.

Tras esas obras aparecen las *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana*, de don Lucas Alamán que imprime Lara, y *El Gallo Pitagórico* de Juan Bautista Morales, que Cumplido publica en 1845, con originales grabados. La competencia entre los editores prosigue hasta culminar con el *Presente Amistoso de las Señoritas Mexicanas*, que el mismo Cumplido lanza en 1847, y el *Album Mexicano*, revista que aparece en 1849.

Rafael Rafael se une a ellos en 1850, al editar una obra de elocuencia: *El Sermón de Munguía*, donde equilibra magistralmente los blancos y las masas; hace realzar los caracteres, la impresión perfecta con la cual sólo compite alguna edición coetánea, de Cumplido.

En el campo de las publicaciones periódicas, también se sitúa Rafael Rafael en sitio descollante, desde 1851, al aparecer la revista *El Espectador de México*, la cual imprime en sus talleres: portada en litografía, a varias tintas; ornamentación con orlas y adornos Primer Imperio; tipo clásico francés, y grabados —algunos de ellos, del mismo Rafael—: las admirables litografías, estampas —una de ellas, de Iriarte—, y varias anónimas, dan relieve particular a la revista, con la cual compite *La Ilustración Mexicana*, de Cumplido. Este editor y Lara aún estimularían a Rafael Rafael, con singulares publicaciones salidas de sus prensas en aquellos años, antes de que se inicie la decadencia en el último tercio del siglo. Tal decadencia se prolonga aún, después de concluido el siglo XIX.

Por fortuna para nosotros, la tipografía vuelve a superarse después de aquel renacimiento de que se ha hablado, en nuestros días. Serán con el mencionado Mariano Galván Rivera, con don Joaquín García Icazbalceta, maestro tipógrafo que supo formar a su hijo Luis García Pimentel dentro de esa tradición familiar, y el ya mencionado Francisco Díaz de León.

En los albores del siglo en que estamos, la tipografía mexicana se ha puesto a la altura de las tipografías de otros países. Serán: José Ballezá, continuador de la obra de su padre, y después, Rafael Loera y Chávez que, con sus hijos, prosiguen en nuestros días esta tradición de la tipografía mexicana, cuya culminación, por suerte nuestra, hemos presenciado en nuestros días.

Imposible es numerar obras de los editores que ahora compiten, en la tarea de hacer libros tan bellos como los que se reciben de otros países para honra de nuestra patria. Quienes los leen y manejan en la Biblioteca Nacional, y los que tienen la suerte de poseer algunos de ellos, sin duda lo confirman. Cualquier mención que aquí se hiciera, parecería redundante y resultaría superflua. Por esa razón, me limito a mencionar, para concluir, las bellezas de los libros mexicanos de nuestros días, que en sus anaqueles guarda la Biblioteca donde nos encontramos.